

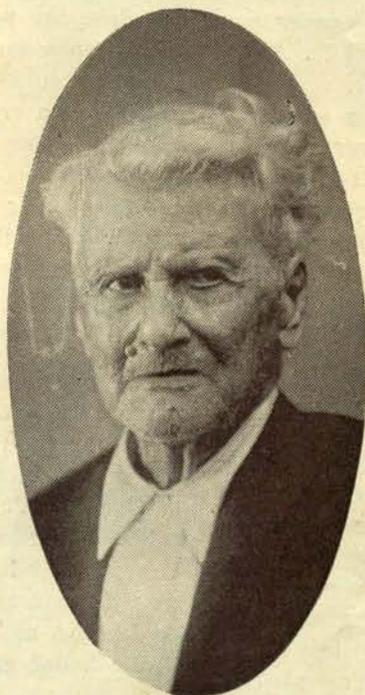
HCR
056
R454-rc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL VDA. DE QUIROS, DIRECTORA
SAN JOSE, COSTA RICA, América Central

LA MUERTE DEL VETERANO



Don Lorenzo López Piedra

(Del archivo de don Guillermo Tristán F.,
Cronista Social de «La Prensa Libre».)

Imponemos nuestro homenaje de hoy, a la memoria de una de las glorias de la patria, el noble y meritisimo anciano don Roberto López Piedra, fallecido en el Cantón de Tibás a la edad de 100 años, 10 meses y 23 días, el 3 de los corrientes.

Este anciano es uno de los últimos restos de aquella legión de valientes que allá en los años de 1856 y 1857, acudieron al llamamiento patriótico de don Juanito Mora, y se dispusieron a pagar con su sangre la deuda de patriotismo, luchando como valientes en los campos de Santa Rosa, Rivas y San Juan.

Le conocimos ya en los últimos años de su vida, y nos refirió pasajes de aquellas jornadas épicas que con tanto valor supieron escribir nuestros abuelos y que se encuentran inmortalizadas en el bronce conmemorativo de la Campaña Nacional, descubierto en el Parque Nacional el 15 de Setiembre de 1895.

Vivió don Lorenzo, confiado siempre en Dios, vió a su alrededor el crecimiento de una prole numerosa, que supo conservar frescos los laureles que coronaran las blancas canas del anciano que santamente se ha dormido para la eternidad bajo la sombra del tricolor nacional que él supiera defender en los campos de batalla.

Gloria para su alma.

GUILLERMO TRISTAN F.

Los gases en el estómago Síntoma de cálculos biliares

Por el Dr. JAS. W. BARTON, M. D. - Canadá

Usted habrá visto a alguna persona con un ataque hepático sufriendo el espasmo agudo que causa un cálculo o piedrita al pasar por el vaso o tubito que conduce la bilis de la vesícula biliar al intestino delgado.

En realidad los cálculos biliares son muy comunes. Unos médicos han observado que ocurre un caso entre 5 y otros 1 entre 20. Por lo tanto, se puede asegurar que las tiene una persona entre 10, aun cuando no siempre le causen dolor, por ser algunas de aquéllas muy pequeñas.

El dolor de estómago sintomático de esa enfermedad, que proviene de la inflamación de la vesícula biliar, causada por las piedras que se forman en ésta, y sus otros síntomas: falta de apetito, eructación de gases, dilatación de estómago, náuseas y algunas veces vómito y estreñimiento, naturalmente hacen creer que es culpable el estómago y no el hígado. Otras veces la piel se pone algo amarillenta de ictericia, entonces es señal segura que están afectados el hígado y la vesícula biliar. Si se combatieran todas esas condiciones biliosas desde un principio con remedios que desaguaran la bilis que queda estancada en el hígado y la vesícula, no se formarían esos cálculos.

Se cree que esa enfermedad es más frecuente entre las personas «hermosas, gordas

y cuarentonas,» pero es un error, porque ocurre con igual frecuencia entre las personas de otros tipos, a las cuales aconsejaría que se sometieran al tratamiento correspondiente en cuanto se les dilata el estómago y comienzan a eructar gases. El hígado y la vesícula biliar se lavan bien tomando bastante agua y bebidas alcalinas gaseosas, absteniéndose de tomar licores y poniéndose a una dieta ligera y líquida. También se consideran todavía eficaces el calomel y las sales, tomados con regularidad a intervalos fijos, pero no muy seguido.

Las enfermedades biliosas no atacan a las personas cuyo trabajo requiere doblar el cuerpo ni las que acostumbran montar a caballo, como quiera que el ejercicio de doblar el cuerpo y la vibración del cuerpo que causa el paso del caballo mantienen en actividad al hígado y a la vesícula biliar, que no permiten la formación de piedras, la obstrucción del conducto de la bilis ni la dilatación del estómago a causa de los gases.

Doblando el cuerpo para un lado y para otro, con las rodillas bien derechas, ejercicio que llamamos «el estrujador del hígado,» evita muchos de esos males del estómago.

(Del Diario Comercial de Honduras)

Para todo dolor

AFIASPIRINA

el producto de confianza

BAYER

DIRECTORA:

Sara Casal Vda. de Quirós

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1.ª - Calles 27-2

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Con la aprobación de la
Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 15 de Julio de 1934

Suscripción mensual

de

cuatro números:

₡ 1.00

La maledicencia

DESCONFIAD de las personas que saben la vida de todo el mundo. Una boca santa procura callar lo que sabe de los demás. Pero hay personas que les encanta hacer ver que lo saben todo, algunas veces lo hacen por costumbre, y por ignorancia del daño que hacen y la mayor parte de las veces es por el deseo de hacerle daño a los demás. Generalmente la persona de malos sentimientos siente un placer inmenso en descubrir los defectos de los demás para que las otras personas no aprecien a las personas que desacreditan. Estas personas de lenguas de víbora sienten deleite en contar lo que saben y lo que no saben, en repetir lo que les han contado, aumentado y la mayor de las veces exagerado y más si las personas a quien quieren desacreditar es su enemiga o le tienen envidia porque es bonita, rica, simpática y es apreciada de todo el mundo. La persona difamadora anida en su corazón los peores sentimientos que hierven cual lava volcánica, deseosos de explotar para hacer el mayor daño posible. Esas lenguas viperinas debieran excluirlas de toda reunión social, pues su lengua es la causa de muchas desgracias en las familias y hasta la separación de los matrimonios. Estas almas por lo general son personas sin ningún talento, su instrucción es deficiente y en cuanto a formación religiosa no la tienen. Cuando una persona es de talento comprende fácilmente que al difamar a otras personas, quien queda mal es ella misma, pues las personas inteligentes al oír hablar a otra persona mal de los demás, comienza por juzgarla muy mal y por tenerle miedo a su lengua.

He aquí el retrato de una difamadora: persona sin ningún mérito, de corazón de negros sentimientos, ignorante, sin caridad cristiana, envidiosa, mal intencionada, su cara refleja como en un espejo los negros sentimientos de su corazón, se le ve siempre con un ceño en la frente, duro, su sonrisa es hipócrita y más que sonrisa son muecas lo que hace al afectar un sentimiento dulce, pues su corazón no anida ni un sentimiento de benevolencia, y por consiguiente, sus sonrisas son hipócritas, pues no son la expresión de un buen corazón. No se puede mostrar lo que no se posee en el corazón. Y a la cara salen todos los sentimientos inmundos de esos malditos corazones. Reina el odio y la envidia en esos corazones. Desgraciadamente algunas personas les temen y por eso las invitan a las fiestas sociales. No hay que tenerles miedo. Hay que despreciarlas y alejarlas de las reuniones.

Y son tan malas, que cuando no pueden hacer todo el daño que desea su negro corazón, recurren al anónimo, para derramar la hiel, la duda en el corazón de las personas buenas, y muchas veces son la causa del divorcio que es la mayor desgracia de una sociedad y el infortunio de los hijos. Si esas personas fueran inteligentes, comprenderían el alcance del daño que hacen con su lengua y reflexionarían que todo lo malo que se hace, se paga, que tarde o temprano tendrán su castigo por justicia divina. Una vez conocimos a una persona cuya vida era difamar a las demás mujeres y para ella no había niña honrada, esposa fiel, caballero sin tacha, su lengua fue la causa de muchos dolores, de muchas amarguras en las almas; bien tuvo que refrenarse, pues le vino una terrible enfermedad en la lengua y se temió fuera cáncer. Esa persona comprendió que aquello era castigo divino, y desde esa época calló su lengua, era tarde, había deshonrado a muchas... su cuenta ante Dios será muy tremenda y su expiación en el purgatorio será cruel como lo fue su lengua con la honra de los demás. La caridad con el prójimo es uno de los preceptos que más recomendó Nuestro Señor, toda nuestra religión se compendia en dos grandes preceptos, amar a Dios y al prójimo como a sí mismo! ¿Amarán al prójimo todas esas difamadoras cuyas lenguas hacen más daño a las almas y a los hogares que la enfermedad más espantosa? Los dolores del alma son crueles, y quien hace sufrir cruelmente tendrá que sufrir cruelmente, pues con la vara que mides serás medido.

Desgraciadamente ahora se abusa de los bienes que Dios, en su infinita Misericordia, nos da para ofenderlo; así vemos que damas de nuestra sociedad que no tienen necesidad de trabajar, dedican sus horas de descanso a clubs, en los cuales según nos cuentan se comen cosas muy ricas y se bebe té muy perfumado, pero también se come mucho prójimo y las honras de las amigas quedan por el suelo. Además, sus conversaciones llenas de chistes groseros y de doble sentido es el perfume de esas reuniones. Unas veces se reúnen para coser, pero lo que menos hacen es coser; otras para jugar hasta sumas fabulosas, lo que es también un pecado y muy grave. Pero lo que más hacen es comentar los sucesos sociales y parece que queda mejor la que da la noticia más sensacional. Y lo peor es que todas esas señoras no saben que aquí se les juzga muy mal, que jamás las personas buenas y los caballeros inteligentes y cultos pueden aprobar esa conducta tan sin caridad para con el prójimo y que revelan unos corazones desprovistos de buenos sentimientos.

Muchas de esas señoras y señoritas, se dicen religiosas, hacen los primeros viernes y no lo comprendemos, pues la persona que no tiene caridad con el prójimo, la que difama, la que hace saber aun lo que es cierto, comete pecado grave, y si no hace firme propósito de no volverle a hacer daño a su prójimo con su lengua, esas Sagradas Comuniones no le sirven de nada ante Dios. A Dios se le ofrecen sacrificios puros, alabanzas llenas de Amor, Comuniones recibidas con corazones santos y con arrepentimiento sincero, con firme propósito de no volver a cometer esas faltas y luego con un amor inmenso a Dios y al prójimo. Si las comuniones no se reciben en estado de gracia de nada le sirven a esas distinguidísimas señoras.

Muy triste es pensar en la ilustración de esas señoras; no sabiendo de qué conversar por su ignorancia, se comen al prójimo. Siempre las personas por malas que sean tienen alguna virtud, algo bueno, ¿por qué no hablan de las cualidades de las personas y ocultan sus defectos? Sepan que esas difamadoras hay quienes también las difaman. Caridad y más caridad con el prójimo es lo que debemos tener. Y las madres no vayan a olvidar que ellas siembran para que sus hijos recojan los frutos y que así como ellas no tienen caridad con sus amigas, así sus hijos pagarán con la misma moneda, habrá quien destruya el honor de ellas y entonces las madres derramarán lágrimas de sangre.

¿Por qué en esas reuniones, no se dedican a leer religión para instruirse pues la generalidad de nosotras no sabemos nada de religión? Lo que nos enseñaron en la escuela es tan deficiente. ¿Por qué no se dedican a coser ropa para los pobres, para los huérfanos, para los leprosos? ¿Por qué no se dedican a coser, a bordar objetos para su hogar? Y como regla terminante del club poner en letras grandes: En este club se prohíbe hablar del prójimo y comentar los hechos sociales. Se permite hablar de lo que pasa en la vida social, sólo cuando se haga necesaria la intervención del club para remediar alguna pobreza, alguna caridad para con nuestras amigas.

Una señora amiga nuestra nos decía: asistí a uno de esos clubs y no me quedaron ganas de volver al ver la maledicencia de algunas, y fue tal mi indignación que les dije: ¿y ustedes se dicen amigas de esa señora que están dejando sin ninguna reputación? Yo no quisiera ser amiga íntima de ustedes, me da miedo.

Acuérdense las difamadoras que no debe repetirse ni lo que es cierto cuando ello constituye deshonor al prójimo.

Debemos callar lo que sabemos; qué necesidad hay de comentar las desgracias de los demás, cuando no sea para ayudarlas a resolver sus amarguras? Y si las mujeres no son honradas, tratemos de sacarlas de su perdición, pero no las difamemos, con ello no sacaremos más que aumentar nuestra cuenta a Dios.

No hay nada que revele más la santidad de una persona que su boca, es una santa boca la de esa señora, dicen los que la conocen, jamás esa boca se abrió para hablar mal de su prójimo, aun en caso en que ella era la ofendida, ella sufrió y calló como Nuestro Señor, el silencio en las amarguras, en las injusticias es lo que más agrada a Dios y entonces El mismo es el defensor de los que callan.

Hagamos propósito de no volver a hablar mal del prójimo, que nuestra lengua sea santa, y veremos cómo muchas de nuestras tristezas se terminan y además, que nada hay que dé más amor a Dios, que el amor y caridad de nuestros corazones para con nuestros semejantes.

SARA CASAL Vda. DE QUIROS.

Dones y Frutos del Espíritu Santo

Por P. M. SULAMITIS

(Continuación)

Favor del alma que, por este don, vino a entrar en cierto modo en el consejo divino

Dichosa el alma que, íntimamente unida al Espíritu Santo, por la participación íntima y secreta que de El tiene, ha entrado en cierta manera en el consejo divino.—En efecto, a los que ven obrar esta alma y la oyen hablar en una perfecta aquiescencia a la divina voluntad, paréceles que ha entrado en el consejo eterno y hace conocer sus secretos, que son todos sabiduría y misericordia.

Ella, por su parte, se siente cada vez más pequeña, más ignorante; pero en la medida de su pequeñez, parece que recibe una luz más viva sobre la excelencia de todo lo que es hecho y querido por mi Providencia. He ahí porqué, en todo aquello que no le es directamente manifestado por mi Espíritu Santo, complácese en dejarme dirigir todas las cosas por mi Providencia, cuyas manifestaciones toma como expresión de mi voluntad sobre ella, y como medios de realizar lo que Yo de ella exijo en cada instante...

Así mientras los que la rodean tienen siempre algo que decir a lo que Yo hago, se consumen en deseos o temores, y se dejan llevar a miles de quejas o murmuraciones, esta alma permanece siempre constante, y siempre prefiere lo que Yo hago y Yo quiero.

...¿Cómo podría ella obrar de otro modo, pues todo cuanto sucede lo acepta con la plena elección de su voluntad, con plena confianza en Aquel que dispone y ordena y sin quien nada puede hacerse?... Mas para obrar de esta manera, es preciso vivir en el renunciamiento...

DON DE CIENCIA

En qué consiste

Si el consejo divino dirige al alma en los diversos acontecimientos de la vida, el don de ciencia, que le es comunicado por el E. S., le descubre dónde está el bien y cuál es el bien querido por Mí.—Así por el don de consejo comprende el alma que tal aconteci-

miento querido por Mí es lo que conviene, que tal resolución es la que conviene tomar. Por la ciencia descubre qué bien pretendo Yo en esta circunstancia, o qué mal se encuentra a su lado; comprende qué conducta íntima debe observar y cuál deba ser la aquiescencia de su voluntad.

En las tentaciones descubre los lazos del tentador y lo reconoce a él; y ve en las mismas tentaciones el bien que de ellas puede sacar y las virtudes que allí podrá practicar; mientras que el don de consejo le descubrirá el medio que ha de emplear para eso.—Por el don de ciencia conocerá el alma también al recibir los dones de Dios, cómo ha de hacerlo para sacar fruto. Y así de todas las gracias y favores, tanto del orden espiritual como material, en todo cuanto le viene por medio de las criaturas, como en todos los actos de su naturaleza.

Por el don de ciencia que puede ser comunicado por el E. S. a los mismos ignorantes, aprenden los hombres en un instante más de lo que pudieran por el estudio de los mejores libros... Y hasta es este don comunicado las más de las veces a los pequeños, a esos ignorantes que el mundo desprecia, como Yo mismo lo enseñé al dar gracias al Padre de que escondía sus secretos a los sabios y prudentes según la carne y los revelaba a los pequeñuelos (Mt. 11, 25-26).

Sucede también que al hacer un estudio, venís a quedar de repente poseídos de una luz clara y penetrante que os descubre en vuestra alma tal o cual mancha que no veáis y que tal virtud debe reemplazar tal defecto...; o bien en un prójimo a quien os costaba trabajo soportar, una hermosa disposición que debéis imitar y que hasta entonces ni la sospechábais; también mostraros que hay que hacer tal sacrificio... Otras veces en tal proposición que se os hace veis el lado peligroso, lo que se debe aceptar o rechazar, y esto por una vista clara, sencilla y limpia, que se os ha comunicado sin que hayáis tenido necesidad de buscarla.

El enemigo empuja hacia la vana ciencia

El enemigo, en su oficio de tentador, empuja a veces a la vana ciencia. A algunos los sofoca, dándoles una verdadera avidez por el estudio, hasta el punto de ahogar en ellos la devoción y de que no tengan tiempo para sus ejercicios de piedad o para cumplir su deber; llévalos a absorberse y por tanto a vivir abstraídos de la realidad, de la práctica de la virtud y de la caridad.—Cuando tienen necesidad de cierta luz, háceles precipitarse hacia los libros y derrochar el tiempo en hojearlos, a veces sin fruto ninguno, y no haciendo más que embrollarse.

El alma que tiene el don de consejo y quiere entregarse al E. S. para disfrutar del de ciencia, sabe que en el recogimiento es también donde recibirá la luz. Vendrá al pie de su Crucifijo o del altar; se mantendrá cerquita de María y allí, como un niño ignorante, implorará la luz y la recibirá. Otras veces recibirá esta luz cuando menos lo piense, tan sorprendente y pura, y ante ella se desvanecen todas las dificultades y se disipan las dudas; es para ella una evidencia tan clara, que ninguna luz tomada del estudio o del discurso, o comunicada por los hombres, podría darle este reposo, esta certeza de la verdad... Y así

por esta misma ciencia conoce que no puede ser sino el Señor quien entonces obra en ella.

Todo hay que subordinarlo a la ciencia de Dios. Para poseer esta ciencia, que es la de los santos, hay que preferirla a cualquier otra y subordinarlas todas a ella.

El diablo tratará a veces de inducirnos a someter al dictamen de la razón o de la ciencia humana lo que así se os haya comunicado por la ciencia divina e infusa.—Esto es bueno, hasta cierto punto, para quienes al efecto tienen gracia y autoridad.—Digo que es bueno examinar esas comunicaciones y tratar de comprobarlas con la ciencia adquirida, mas no con el propio espíritu.—Y por lo que hace a vosotros, los que no tenéis ese deber ni gracia para ello, lo que debéis hacer es manteneros en el recogimiento, en la humildad y en la sincera obediencia... Lo demás es pura curiosidad, y vana rebusca de sí mismos; la ciencia de Dios os lo prohíbe y os enseña que no es por la criba del espíritu humano por donde deben pasar las cosas de Dios: la verdadera ciencia consiste, como la del Apóstol, en conocer a Jesús, y a Jesús crucificado y a marchar en pos de El por el camino real de la Cruz (I Cor. 1, 23; 2, 2.)

(Continuará)

Adoremos a Cristo Rey Sacramentado

Hora Santa. Indulgencias

En una comunicación de la Agencia Católica de Washington leemos:

«En un decreto de la S. Penitenciaría se recomienda la práctica de la Hora Santa, dirigida a recordar la Pasión y Muerte de Jesús, y la Sagrada Eucaristía; y se añade que el Santo Padre, al comenzar el Año Santo, conmemorativo del XIX Centenario de la Divina Redención, ha concedido especiales indulgencias en este piadoso ejercicio; a saber: 1) **INDULGENCIA PLENARIA** a todos los fieles que, confesados y comulgados, tomen parte en el piadoso ejercicio de la Hora Santa por una hora entera y rueguen por las intenciones de Su Santidad;—2) **INDULGENCIA PARCIAL DE DIEZ AÑOS** a los que, con corazón contrito, hagan el mismo ejercicio».

Vemos, pues, el gran deseo del Sumo Pontífice de que se promueva por todas partes el ejercicio de la *Hora Santa*, tanto en público como en privado. Esto contribuirá sin duda a fomentar más y más el culto y adoración del Santísimo Sacramento.

Afortunadamente, el ejercicio de la Hora Santa se viene haciendo ya en el Santuario cada domingo, de 5 a 6 de la tarde. Varias asociaciones han acordado asistir en corporación durante el Año Santo un Domingo de cada mes, como homenaje personal y corporativo de gratitud a Cristo Rey por el inmenso beneficio de la Redención. Es de esperar que al conocer los deseos del Sumo Pontífice se confirmarán más y más en su devota resolución, y habrá otros más que, ya sea indivi-

dualmente o en corporación, se animarán a seguir tan hermoso ejemplo.

Durante el Año Santo, rezamos en esta Hora Santa los misterios dolorosos, para recordar la Pasión del Señor; y en la plática se hace resaltar algún pasaje evangélico, según el tiempo, con aplicaciones a la Eucaristía. Así, con el conocimiento más perfecto de la vida de Nuestro Divino Redentor, según los Sagrados Evangelios, se podrá conseguir también un conocimiento más práctico de su vida eucarística entre nosotros.

LIGA EUCHARISTICA

Hoy día la asociación es un medio poderosísimo para el bien y para el mal. ¿Por qué no utilizarla para un bien tan grande, para una obligación tan sagrada como es la adoración, necesario homenaje de la criatura a su Criador?...

¿Y dónde podremos prestar mejor ese tributo de adoración sino ante el *Dios Sacramentado*, particularmente cuando está expuesto precisamente para eso: *para recibir el homenaje de adoración de los fieles?*...

Por esto, bajo la presidencia honoraria de nuestro Prelado Diocesano, Excmo. Sr. Antonio J. Schuler, se ha establecido en el Santuario de la *Liga Eucarística, agregada a la Archicofradía del Santísimo Sacramento*, fundada en Roma por el Bto. Julián Eymard, para poder ganar sus numerosas indulgencias. Hé aquí el breve resumen, preparado para información de los socios:

FIN.—Reunir alrededor del Smo. Sacramento, expuesto o reservado en el Sagrario, el mayor número posible de adoradores.

SOCIOS.—Pueden serlo los católicos de ambos sexos, de cualquier edad y condición. Se requiere:

1º.—Hacer un Acto de Consagración al Smo. Sacramento.

2º.—Inscribir el nombre y apellido en el Registro de la Liga, que llevan las RR. MM. Adoratrices del Santuario.

3º.—Hacer, a lo menos cada mes, una Hora de Adoración delante del Santísimo.

El día, hora e iglesia, se dejan a la elección del afiliado; pero si se puede, recomienda el Ilmo. Sr. Obispo que se haga en el Santuario de Cristo Rey, por hallarse expuesto el Santísimo. Se puede cumplir asistiendo a la Hora Santa.

Nota.—Los que desearan, pueden tener su Hora de Adoración cada semana y aún cada día, o bien los días que le sea posible.

INDULGENCIAS.—Los asociados pueden ganar Indulgencia Plenaria cada día que hagan una Hora de Adoración, con las condiciones ordinarias (Confesión, Comunión y oración por el Sumo Pontífice). Si no comulgaren en dicho día, sólo ganan una indulgencia de siete años y siete cuarentenas.—Puedense ganar también otras muchas indulgencias.

Trátase, pues, de una obra puramente espiritual, sin cuotas, ni obligaciones semejantes. Cuando los socios se ponen de acuerdo para distribuirse las horas del día y tener así la adoración continua, se forma la *Guardia de Honor*. Puede haber otras actividades eucarísticas, según las necesidades locales, como indicaremos en otra ocasión.

Don José Monge Dumani

Muy sentida ha sido la muerte del señor don José Monge Dumani; era muy querido en la ciudad de Turrialba, porque siempre mostró mucho interés en los asuntos públicos de ese lugar.

Muy de lamentarse ha sido su muerte trágica y esperamos que Dios que es todo amor

y misericordia, haya tenido piedad de su alma.

Para su anciano padre, para toda la familia y especialmente para las muy apreciables hermanas, suscriptoras de esta Revista, doña Anita de Ruiz y doña Carmen de Sáenz, enviamos nuestro más sentido pésame.

SARA CASAL VDA. DE QUIRÓS

CONSEJOS A LOS JOVENES

Periódicos y cuadros

Por L. C. RAMIREZ S. J.

Una vez más escoge bien, cuando de ellos se trata. Lo mejor sería no leer ninguno durante los estudios. Más tarde tendrás cuanto tiempo desees. Pero en nuestros días todo el mundo tiene su periódico y quizás te interesen los pequeños detalles de la política. Si tienes tiempo, pase, pero sé muy circunspecto.

La mayoría de los periódicos no buscan sino pingües ganancias. Los editores no se preocupan de que los artículos, novelas, poemas (no hablemos de los anuncios) no ofendan la moralidad cristiana. Has de saber ser fiel a tu deber. Hay, en cambio, excelentes periódicos y revistas católicas que puedes leer con toda seguridad. Nunca compres un periódico «neutro»; podrías salir perdiendo mucho.

* * *

¡Atención a los cuadros, a las esculturas! Desconfía de ellas desde el momento en que no te sugieran nobles sentimientos. Las mayores obras de arte no deberían ocupar tu mirada si hieren tu alma. Y eso sin hablar de las «tarjetas artísticas».

Los verdaderos artistas de la antigüedad pintaban a veces desnudos. Con todo, en ellos se nota el predominio del espíritu sobre la materia. Tratan de poner en armonía la naturaleza con lo sobrenatural. Para ellos el cuerpo es también un reflejo de la divinidad. Aun esas mismas obras podrían turbar la tranquilidad de tu alma. En ese caso, déjalas a un lado.

Es innegable que algunos artistas modernos emplean el desnudo para excitar las pasiones, convirtiéndose así en agentes de la inmoralidad. No hagas caso de lo que algunos dicen para disimular su culpabilidad: «También el cuerpo del hombre es una criatura de Dios. No puede, por consiguiente, tener nada que no pueda ser visto». Sin duda, el mismo cuerpo humano es una obra maestra del Todopoderoso. Ninguna otra criatura revela

como él el cuidado que Dios puso en modelarlo. Si llega a ser una ocasión de caída, *la culpa no es del cuerpo humano, se debe a la debilidad de tu alma*. Debes tener en cuenta esta fragilidad. Un cuadro, una estatua, una película, pueden ser artísticos en sí mismos, mas si incitan al pecado, no son plenamente hermosos. La tranquilidad del alma, es parte integrante del placer estético. El cuerpo humano puede interesarnos, pero únicamente como *medio* y no como *fin*. La estética, como la ética, exige que el desnudo sirva para expresar cualidades del alma.

Vergüenza nos da tener que reconocer que hubo artistas antiguos que comprendieron mejor este ideal que algunos artistas modernos que se llaman cristianos. La mayor parte de las obras antiguas no escandalizan porque hay en ellas el predominio de un gran pensamiento. ¿Puede decirse otro tanto de las producciones modernas?

¿Puedes mirar el desnudo en pintura o escultura? Depende de dos circunstancias: 1.ª, ¿cuál ha sido el fin del artista?; 2.ª, ¿cuál es tu complejión? Si el artista ha querido excitar las pasiones, pase adelante con desprecio. Si ha querido expresar una propiedad psíquica (Laocoonte), puedes mirar, pero teniendo en cuenta la segunda circunstancia. Hay naturalezas frías que no se dejan conmover; de desear sería que hubiera bastantes de ellas entre los jóvenes; otros empiezan por no pensar en nada; mas si se detienen más tiempo, sienten nacer la turbación. Estos deben irse desde ese momento. Por último, existe la categoría de los apasionados que no pueden mirar un cuadro artístico sin gran peligro de su castidad. Esos tales, que no miren.

¿Quieres una regla general? No mires detenidamente nada que te turbe. Conserva bien grabado en tu memoria que hay cuadros y estatuas que escandalizan a cualquier hombre honesto.

El gobierno de las mujeres

Por A. PALACIO VALDES

EL GOBERNANTE IDEAL

Isabel I de Castilla

Comienzo por la pura, la noble, la santa reina Isabel de Castilla. Jamás figura humana atrajo con mayor respeto y cariño las miradas de los españoles. Todos quisiéramos haber vivido en su tiempo y gozar un minuto de su presencia. Isabel la Católica es la flor que perfuma la política española. Sin ella, nuestra historia, desde el comienzo hasta el fin, olería a podrido. Pígmios son a su lado nuestros reyes, sin exceptuar a aquel gran burócrata, rencoroso y sombrío, que se llamó Felipe II.

Firmeza, dulzura, prudencia, rectitud, piedad, intrepidez, sagacidad, constancia, nobleza, castidad, discernimiento, modestia, sinceridad, clemencia, decoro. Tales son las virtudes que adornaron a aquella mujer, honor de su sexo, gloria de la raza española.

Una serie de circunstancias fortuitas la condujeron al trono español. El dedo de la Providencia la había señalado para ocuparlo y unir y engrandecer a nuestra nación.

Su hermano, el desdichado rey Enrique IV, quiso sacrificarla a una política interesada, casándola con el licenciado maestre de Calatrava. Isabel, al saberlo, se encierra en su oratorio, se hinca de rodillas y pide a Dios que la arranque de este mundo antes de sufrir tal afrenta.

—¡No! Dios no lo permitirá...—exclama su fiel amiga, Beatriz de Bobadilla. —¡Ni yo tampoco!—añadió sacando un puñal que llevaba escondido en su seno.

En efecto, Dios no lo consintió, ni permitió que la noble Beatriz manchase su alma con un asesinato. El feroz maestre murió súbitamente en el camino cuando venía a apoderarse de aquel tesoro de inocencia, de belleza y virtud, que un desalmado hermano le entregaba. Tenía la princesa entonces dieciséis años. Dios la elegía para ordenar el caos de nuestra nación.

¡Miradla, mirad a esa niña de ojos azules y tez nacarada! Es la que va a hacernos españoles, es la que va a volvernos orgullosos de llevar este nombre.

Dos monarcas imbéciles habían transformado la tierra de Castilla en sentina de todos los vi-

cios, en teatro de todas las tragedias imaginables. La discordia paseaba su tea incendiaria por los campos y las ciudades. Los gobernantes habían dejado el paso libre a la anarquía.

En nuestros tiempos los anarquistas son los descamisados. En aquéllos, eran los señores. Los más altos próceres, los títulos y potentados del reino, salían de sus castillos al camino para desvalijar a los viajeros: se reían del rey. Los clérigos hacían ostentación de sus barraganas y las monjas de sus amantes: se reían de Dios. Los obispos repartían mandobles, protegían ladrones, forzaban doncellas: se reían del diablo.

Isabel no extendió un imperio tridente como Neptuno sobre aquel mar proceloso para aplacar las olas. Cayó sobre ellas como el aceite. Su vida entera es una carrera de obstáculos vencidos y allanados, no por la fuerza, sino por la constancia y la dulzura.

El primero con que tropezó, así que fue proclamada reina, se lo ofreció el egoísmo de su marido, que intentó despojarla de su corona y guardarla para sí. Pero supo confundir su orgullo y ambición con aquella divina prudencia que no la abandonó en toda su vida. Se había casado con él por amor, y amor y fidelidad le guardó hasta la muerte.

Este don Fernando pasa entre los historiadores por un excelente rey, aunque mediano sujeto. Yo pienso que toda su claridad, como la de la luna, venía del sol que tenía cerca. Cuando este sol se ocultó en el horizonte, apenas realizó más que desaciertos y algunas acciones bochornosas, como la infame y traidora venta de Pisa. Era apuesto mozo, de agradable rostro y fue en su juventud valeroso; pero le faltaba el sentido moral. Desconfiaba de todo el mundo, porque él mismo era poco digno de confianza.

Tras el obstáculo doméstico viene la guerra con el monarca portugués, que invade el territorio español para sostener los derechos de su sobrina doña Juana. La reina Isabel fue admirable durante esta guerra. Su actividad infatigable, su previsión, su talento organizador, comenzaron a desplegarse de modo maravilloso. Visitaba personalmente las plazas y revisaba sus fuerzas, hacía largas y fatigosas jornadas a caballo, pasaba noches enteras dictando órdenes a sus secretarios.

Combate y toma por asalto la plaza de Toro, perdonando después generosamente a Ulloa y su esposa, que la habían defendido con heroica tenacidad. Expone su vida en todas partes. Se fatiga. Cuando le suplican que mire por su salud, replica: «No soy venida a huir del peligro y del trabajo».

El rey de Portugal se decide a transigir. Renuncia a sus derechos si se le ceden la Galicia y las plazas de Toro y Zamora. Don Fernando y sus consejeros están a punto de aceptar la proposición. Isabel interviene con energía. Ni un palmo de la tierra de Castilla pasará al poder del extranjero.

Hecha la paz la reina dirige sus ojos al interior. El primer cuidado de toda mujer que merezca este nombre, es el de establecer el orden y el decoro en su casa. Y el primer deber de todo gobernante es atender a la seguridad personal de sus súbditos.

La política en su esencia no es otra cosa. Que los egoísmos de todos puedan conciliarse; que cada cual ceda un poco del suyo. Isabel reorganiza la Santa Hermandad transformándola en policía del campo y echando con ella las bases de un ejército permanente salvador del orden social.

Los nobles se oponen. Ya sabemos que los nobles eran los anarquistas de aquella época. La reina de Castilla, con terquedad suave y con suavidad enérgica, logró al cabo que la aceptasen. Para conseguirlo, se apoyó siempre en el voto de las Cortes. Esta mujer tuvo el seguro instinto, que sus sucesores perdieron, de que toda soberanía radica en el pueblo.

Se propuso, cierto, como otros reyes, terminar con la anarquía feudal vigorizando y centralizando el poder. ¡Cuán distintos medios empleó, sin embargo! ¡No acudió al dolo y la traición como Luis XI de Francia, ni al insolente orgullo de Luis XIV, ni a la violencia cruel de su nieto Carlos I, ni siquiera a la inflexibilidad desdeñosa del regente Cisneros. Por medios de persuasión, que no excluían la severidad en ocasiones, pero sobre todo por la dignidad de su vida y el ejemplo de sus virtudes, lograba que grandes y pequeños se le sometiesen. A su derecha y a su izquierda caían demolidas todas las barreras, como si una varilla mágica las tocase.

Después de la Hermandad viene la reforma de los conventos. Para una mujer tan sólida-

mente piadosa éste tenía que ser un grave cuidado. Pero no entra en ellos con la espada, sino con la rueca. Se presenta de improviso, reune a las monjas y las invita a hilar con ella, haciéndolas ver con palabras dulces la dignidad del trabajo, los peligros de la ociosidad, la ruina y perdición de su alma si continuaban por el camino de los pasatiempos frívolos.

No siempre usaba de estos medios benignos. Cuando era necesario sabía dar los golpes a tiempo. Infundía amor y admiración a todos los hombres de buena voluntad, pero por la energía inquebrantable de su carácter infundía terror a los malvados. Tratándose de una cosa justa no había consideraciones ni riesgos que la detuviesen. Esta reina tan piadosa, tan benévola, era la severidad misma cuando lo juzgaba necesario. Establece en Sevilla, durante los dos meses que allí reside, un tribunal permanente en su propio Alcázar. Ella misma lo preside los viernes. Todo el mundo puede entrar a su presencia y exponer sus agravios. Con rectitud y severidad imponentes castiga a los culpables, absuelve a los inocentes.—«Era muy inclinada a hacer justicia—dice su cronista Pulgar—, tanto que le era imputado seguir más la vía de rigor que la piedad; y esto hacía por remediar a la gran corrupción de crímenes que falló en el reino cuando subcedió en él».

¡Cuán extraviados andan los que suponen que el advenimiento de las mujeres a los tribunales de justicia traería consigo la impunidad de los delitos ni siquiera la lenidad en los castigos!

Un vecino riquísimo de Medina del Campo, llamado Alvaro Yáñez cometió un asesinato. La viuda de su víctima pide justicia a los reyes. Se le prendió, se probó su delito y fue condenado a muerte. Yáñez ofreció cuarenta mil doblas de oro para la guerra contra los moros si se le perdonaba la vida. Esta cantidad era superior a la renta anual de la Corona. En el Consejo opinaban que debía aceptarse la proposición tratándose del sagrado fin a que se destinaba el dinero. La reina, sin embargo, la rechaza. Yáñez fue ejecutado. Sus bienes se confiscaron y se aplicaron, según costumbre, al tesoro real; pero la reina los devuelve a los hijos de Yáñez «para que no se pensase por nadie que había mandado hacer aquella justicia movida por la codicia».

CODIGO SOCIAL

¿Cómo debo comportarme?

Por ANNA VERTUA GENTILE

(Continuación)

Por lo demás, mujeres hay que parecen estudiar adrede la forma de hacerle insoportable la casa al marido. Aparte de las atrabiliarias, falaces y quisquillosas, que con dificultad se encuentran entre personas bien educadas, hay, por ejemplo, las que distraen y molestan con su charla. Claman siempre a voz en grito y sin motivo que venga a cuento; por el sólo placer de dar al viento la música de sus palabras, casi siempre insulsas e importunas.

Y en éstas sube de punto la manía, si la emprenden ante personas cuya imaginación esté preocupada.

¿Está el marido atento a la lectura?... La esposa, que cose sentada ante el costurero, halla ocasión de distraerlo. Echa de ver, al otro lado de los cristales de la ventana, el vuelo de un pájaro, y exclama en alta voz, como para sí misma:

—¡Ay, un pajarillo!

—¿Qué dices?

—Nada: un pajarillo que volaba.

—¿Cómo?

—¡Un pajarillo... un pajarillo!

Vuelve él a su interrumpida lectura al tiempo que se le cae a ella el ovillo.

—¡Se me ha caído el ovillo!—dice, recogiendo.

—¿Qué es lo que quieres?—pregunta él.

—¡Oh, nada! Que se me cayó el ovillo...

Sigue un momento de silencio. Vuelve él a abismarse en la lectura del libro o periódico. Ella cose; un punto tras otro... unos veinte... una eternidad de mutismo.

Levántase al pronto, como herida por repentina idea.

—¡Qué tonta!—dice—¡habíaseme olvidado!...

—¿Pero qué pasa?—pregunta aún el marido.

—¡Nada. ¡Un olvido!

Dirígese a la puerta, llama a la muchacha y le encarga una infinidad de cosas.

En tanto, el pobre hombre, por tal modo, interrumpido a cada paso, si no se impacienta acaba por cerrar el libro o doblar el periódico y renuncia al placer de la lectura en su casa, juzgando que hallará menos estorbos en la oficina o el café.

DECORO, NO VANIDAD

La esposa cariñosa y prudente procure mostrarse siempre, a cualquier hora del día,

linda, agraciada y aun elegante; con aquella elegancia que requiere tan sólo un tantico de buen gusto y de la que puede usar una señora siempre que quiera, aun en el vestido de mañana, y recogido el pelo en el gorro de dormir.

Una señora de mi trato, tiene la costumbre de vestir de blanco hasta la hora de su tocado: una tela ligera en verano; de más abrigo en invierno.

—Es un vestido que con un lavado y un planchado está siempre nuevo—suele decir.

Y así junta la economía con la elegancia.

Cuando vaya la señora con su esposo de paseo, a visitas o al teatro, procure vestir por modo que no sólo no merezca observación alguna, sino que sea, además, intachable.

Los hombres, aun los más despreocupados, experimentan una humillación indefinible cuando tienen a su lado a la esposa mal vestida, o ridícula por exagerada ostentación de lujo y de la última moda.

He oído decir a un irreprochable caballero, que si no se le veía jamás salir con su esposa, debíase a la costumbre que ésta tenía de vestir de tal manera, que atraía sobre sí miradas y críticas.

Es, pues, menester que la esposa sensata atienda con esmero a su propio vestir.

Mujeres hay, y aunque pocas en verdad, algunas podría citar, a las cuales falta en absoluto el sentido de la elegancia. Deberían éstas imponerse el estudio del vestir con gracia, observando mucho, leyendo y pidiendo consejo.

Y ello constituye un deber que de olvidarlo, provoca disgustos, mortificaciones e inquietudes.

No debe llevarse hasta la vanidad el gusto de aparecer hermosas y elegantes, puesto que en lugar de un deber, constituiría entonces un peligro.

La vanidad, enemiga del sentido práctico, ofusca las ideas y avasalla el sentimiento. ¡Muchas son las esposas perjudiciales y madres negligentes porque cayeron sojuzgadas al poder de la vanidad!¹

¹ Parió la vanidad un hijo adulterino: el lujo; y éste tentó a la mujer disfrazándose de elegancia.

(Continuará)

El Marañón

(Continuación)

Se ha inventado hace poco un procedimiento que permite introducir en la lata un gas antiséptico e inofensivo, que impide la alteración microbiana y conserva el producto en buen estado para el mercado exterior.

Las almendras se clasifican según su tamaño, porque las más grandes obtienen mejores precios. También se pueden vender las almendras rotas y los pedacitos que se hayan desprendido al mondarse las almendras.

El precio de compra, al por mayor, ha oscilado entre 24 y 28 centavos oro por libra, durante los meses de enero, febrero y marzo del presente año. Los pedacitos se han vendido entre 16 y 20 centavos la libra.

Los precios de factura suministrados por el Departamento de Comercio son muy inferiores, debido al derecho de introducción, de dos centavos por libra, y a los gastos de transporte, acarreo y almacenaje, sin contar el beneficio de los revendedores.

La almendra del marañón produce también un aceite que no seca, de color amarillo bajo,

muy semejante al aceite de las almendras ordinarias. Sin embargo, no se ha empleado mucho porque resulta algo caro.

Interesa saber que el jugo o aceite del pericarpio es usado en la India para fines medicinales y para preservar el piso de las casas, las maderas finas y la pasta de los libros contra los estragos del comején. También puede emplearse para proteger las redes de los pescadores.

Este aceite tiene un 10 por ciento de cardol y un 90 por ciento de ácido anacárdico soluble en éter. Sus propiedades irritantes se deben al cardol.

Durante el año de 1933 se introdujo en los Estados Unidos 11.691.300 libras de almendras de marañón, por valor de B. 1.441.725. Estas almendras procedían de Mozambique (17.150 lbs.); Ceylán (20.000); Haití (32.320); Asia, (564.340).

(De *El Debate*, Panamá)

VARIEDADES

¿Podría hundirse el firmamento?—El firmamento no es posible que se hunda, porque en realidad no existe. A menudo nos hace la impresión de que vivimos dentro de una inmensa bóveda, animada de un movimiento aparente de rotación. En todas las edades han tenido los hombres esta idea, y aun nos referimos a ella, cuando decimos «la bóveda celeste».

Pero, cuando se estudiaron con más escrupulosidad los cuerpos celestes, se supuso que había varias esferas a diferentes distancias de la tierra. En nuestro claro clima podemos formarnos idea más precisa del cielo, en la forma de una esfera inmensa, que no en otras partes del mundo.

Si el firmamento fuese algo semejante a una cúpula grandiosa, nos preguntaríamos con razón qué fuerza lo sostiene. Pero lo que vemos es sólo la luz reflejada por la atmósfera de nuestro propio planeta. Esa aparente bóveda azul, aunque tan apartada nos parece, sólo dista de nosotros de ochenta a cien kilómetros, que es la mayor distancia a

que el aire refleja la luz hasta nuestros ojos; y al efecto de esta reflexión es a lo que llamamos firmamento o cielo.

* * *

¿Tiene algún significado la forma del cerebro?—El hecho de que la forma de la cabeza no corresponda a la del cerebro es una objeción fatal para la frenología. Pero existe otra más seria todavía, cual es que las diferencias entre las meras formas exteriores y aun entre los tamaños y pesos de los cerebros son probablemente de escasa o ninguna importancia. Las diferencias entre los distintos cerebros entrañan gran importancia; pero estas diferencias hay que buscarlas sólo en la substancia gris de sus diversas partes en el número, forma y disposición de las células que constituyen esta materia. Estas diferencias sólo pueden apreciarse cuando se secciona cuidadosamente el cerebro en finas rebanadas y se las examina de un modo escrupuloso y por medio del microscopio.

Higiene del caballo

Creemos que nuestros habituales lectores leerán con gusto las siguientes observaciones que reunimos sobre la higiene del caballo, con lo cual facilitamos seguramente poder arreglar una conducta fija y racional por conservar la salud y buen trabajo del caballo, animal tan útil en la agricultura.

Pondremos nuestras observaciones en forma de reglas, a fin de hacerlas más comprensibles y de más retención en la memoria.

1.º—Al caballo le son necesarias tres comidas diariamente y son bastantes para mantener las fuerzas del animal; entre cada una de estas comidas, debe mediar el espacio de 4 a 5 horas, a fin de que cada comida sea digerida antes de cargar de nuevo el estómago.

2.º—La comida que se le dé por la noche debe ser la más copiosa y nutritiva. La hierba que es un alimento de larga y laboriosa digestión, de unas tres horas, se dará al caballo en la comida de la noche, pues es la que más le aprovecha, como dicen los árabes en su proverbio: la hierba de la noche pasa a la grupa; la hierba de la mañana pasa al estiércol; con lo cual significan que la comida que se da al caballo por la noche, le da fuerzas para el trabajo del día siguiente, y la que se le da por la mañana le aprovecha poquísimo. La exactitud de este proverbio puede confirmarla en sus experiencias propias.

3.º—Es muy conveniente que el caballo tenga vacío el estómago y la vejiga cuando empieza el trabajo. El animal que se pone a trabajar en seguida después de haber comido, se encuentra en condiciones detestables para cumplir bien y como seguramente desea su amo. Se cansa pronto y entra en copiosísimo sudor, porque el estómago, lleno de alimentos, ejerce una presión exagerada sobre los pulmones. Los alimentos sacudidos por la marcha no pueden ser digeridos y provocan una diarrea; o bien el paso del alimento deja de efectuarse y puede sobrevenir una indigestión verdadera con fuertes cólicos. En todo caso, la comida dada al caballo inmediatamente antes de empezar su trabajo, no le aprovecha y lo expone a enfermedades.

4.º Así mismo es conveniente que el caballo beba algún tiempo antes de empezar su trabajo, pues obligado a retener la orina mientras trabaja, sufre con ello muchísimo y puede causarle también cólicos urinarios.

5.º Las comidas demasiado copiosas pueden producir indigestiones y cólicos, y demasiado espaciadas son devoradas ávidamente por los caballos y en los intervalos se impacientan y padecen; entre comidas y comidas se dejarán pasar unas 4 ó 5 horas con el fin de que no se impacienten los animales esperando la comida y para que la digestión sea completa cuando se cargue de nuevo el estómago.

6.º Cuando el caballo entra al establo cansado y sudoroso, es indispensable secarle un poco y dejarlo descansar cosa de media hora, antes de darle la comida.

7.º A los caballos sujetos a trabajos duros y penosos, como los de carga, y que son alimentados constantemente con forrajes secos, será muy conveniente darles de cuando en cuando pasturas verdes mezcladas con maíz.

(De *El Debate* de Panamá)

Doña Elena González de Chacón

Muy sentida ha sido la muerte de la apreciable señora doña Elena González de Chacón, esposa de don Lucas Chacón y madre del Licenciado don Lucas Raúl Chacón, don Domingo Chacón y de la señorita Ana Rosa Chacón. Para todos ellos y para toda la apreciable familia enviamos nuestro sentido pésame.

¿CINEMATOGRAFO EDUCATIVO?

He aquí algunos datos de las cosas que enseña el cinematógrafo de hoy, recogido por un profesor en quinientos programas que tuvo la paciencia de ver.

En esos programas había: 200 escenas de homicidio; 50 infidelidades conyugales; 120 robos; 773 suicidios; 175 raptos; 169 incendios.

Con estas lecciones, dadas generalmente a la juventud de uno y otro sexo, no podemos extrañarnos de que el mundo dé los tropiezos y tumbos que da.

Recetas de Cocina

A cargo de doña DIGNA CASAL DE SOLARI, Profesora graduada en Bruselas

LOMO ADORNADO CON NIDOS DE PAPAS

Se emplea una o dos libras de lomo an-gosto o del lomo ancho sudados o asados en el horno. Aparte se pone a cocinar en agua con sal unas ocho papas peladas y de regular tamaño. Para saber si están suaves las papas, se les introduce un tenedor, y si entra suavemente están cocinadas. Se escurre bien el agua y se vuelve a poner la olla sobre el fuego, des-tapada para que se evapore el agua que les ha quedado, luego se pasan por el prensador de papas y se les agrega una buena cucharada de mantequilla, medio cucharón de leche, sal y pimienta y se mezcla muy bien; esta pasta debe quedar suave; en el centro de un platón se coloca el lomo, sea asado o sudado. La papa se echa en una bolsa de adornar queques con un embudito adornado. Alrede-dor de la carne se ponen montoncitos de papas chorreados con el embudito y en forma de niditos, en el hueco que queda en el cen-tro de los niditos se colocan arvejas muy tiernas cocinadas al natural o de lata, puntitas de espárragos y zanahorias que se han coci-nado en agua con sal y luego picadas fina-mente. La salsa que dejó la carne se sirve en una salsa.

ARROLLADOS DE CHORIZOS DE VIENA

Se coge media libra de harina cernida, con una cucharadita de Royal; se coloca en la ta-bla de amasar y se deja un hueco en el centro y allí se pone un cuarto de libra de manteca de cerdo, media cucharadita de sal, y se le va agregando agua fría poco a poco y revolviendo la harina con un cuchillo, hasta que se forme una pasta que se pueda amasar; entonces se pone la pasta en un plato en la nevera o en un lugar fresco durante media hora, luego se espolvorea la tabla de amasar y se coloca la pasta que se extiende con el bolillo en forma

de rectángulo, se dobla en tres, se espolvorea de harina y se vuelve a extender con el bo-lillo, se vuelve a doblar en tres y se vuelve a extender con el bolillo, hasta formar un rec-tángulo y luego se vuelve a doblar en tres, es decir que tiene que doblarse en tres, tres veces. Y por último se extiende la pasta hasta que esté delgada, de esta pasta se cortan cua-dritos pequeños, y adentro se les pone un choricito de Viena, se arrollan bien y para ce-rrarlos se moja la orilla de la pasta para que se una bien. Se van colocando en cazolejas untadas de manteca, separados unos de otros; a un huevo crudo se le pone una cucharada de agua fría, se bate un poco con un tenedor, que no haga espuma, apenas para mezclarlo, y con una brochita se pintan con este huevo los arrolladitos y se ponen a asar en el horno caliente, y se sirven.

RIZOS RELLENOS

Se pone en la tabla de amasar media libra de harina de trigo cernida, en el centro se le pone un huevo crudo, una onza de mante-quilla, la punta de una cucharadita de sal, se le va agregando agua fría mezclándola con los dedos hasta que quede una pasta que se pueda amasar; se extiende con el bolillo, espolvo-reándola con harina para que no se pegue, hasta que quede muy delgada; se cortan tiras de dos centímetros de ancho; se cogen cañas de bambú del grueso de un dedo y de 15 cen-tímetros de largo, se les unta manteca, y la pasta se va arrollando en estas cañitas de ma-nera que quede encimada un poquito la orilla de la pasta, luego se meten éstas en bastante manteca hirviendo hasta que estén doradas, luego se sacan, se les quita la caña y se de-jan escurrir bien; en el interior de estos rizos se echa crema o jalea y por encima se espol-vorean con azúcar molido y se sirven; también se puede poner en lugar de crema, carne su-dada, molida y bien arreglada o con jamón, lengua, etc.

La Conversión de Eva Lavallière

(Continuación)

Querido señor Cura:

Mucho he esperado para escribirle y no me ha faltado razón. No tenía más que penas y amarguras y Ud. no podía remediarlas. Además, yo quería irme, pero los acontecimientos me lo han impedido.

Primero, para regresar a Lourdes, a nuestro convento, habría tenido que adelantarme cuatro o cinco horas en la estación, a la salida del tren, tan inmensa era la muchedumbre de público que se apiñaba en los coches y tenía la perspectiva de viajar de pie en un pasadizo; en el estado de salud en que me encuentro, es imposible hacerlo; hemos, pues, abandonado la idea de ir a Lourdes. Además, estoy muy malita y tengo absoluta necesidad de uno o dos meses de descanso y de cuidados que no encontraría en el convento. Pensé en ir a Saint-Lunaire, en Bretaña, a orillas del mar, sitio de mis vacaciones durante diez años; un telegrama de hoy me dice que no hay nada para alquilar. He llevado a Leona a mi médico; le prescribe diez días de cuidados diarios y especiales; aquí nos tiene, pues, retenidas para diez días más. No alcanzo a pintarle la pesadilla en que vivo desde que estoy en París. Felizmente, tenemos la misa en Santa Clotilde todas las mañanas, con excepción de ayer, en que por sentirme tan abatida, he tenido que dejar a Leona ir sola, con gran pesar mío. Carat y Anna se van dentro de algunos días, pues han encontrado un cuarto y una cocina en Dinart. ¿No podría Ud. venir a vernos un día? Estamos tan solitas, enfermas y muy tristes. Yo voy enfermándome moralmente: he sufrido tanto por Juana, tanto, tanto, que ya no puedo más. Y con todo esto, las Carmelitas admiran, pero rechazan a tan extraordinarias convertidas. ¿Qué hacer, entonces? Además, ya estoy enterada del monto de mis rentas y son de lo más escasas. He tenido que disminuir en más de la mitad la mesada que servía a Juana; ya no podía hacerle frente; había dispuesto las cosas contando con entrar al convento; pero aún en el último rincón de una aldea, con tres personas a mi cargo, Juana, Leona y yo, la vida sería demasiado dura, sobre todo para mí, acostumbrada a echar el dinero por

Marzo.

la ventana. En resumen, todo esto me inquieta y me preocupa; aquí gasto demasiado y esto me tiene con cuidado. ¡Y decir que si yo consintiese en representar comedias ganaría todo lo que quisiera! Pero es esta la única cosa que me encanta en mi pobreza, la «*quiero por ella misma, y no por otra cosa!!!*» ¿Vendrá Ud?, dígamelo, por favor! Abandonará Ud. a sus ahijaditas, tan pequeñitas en su nuevo camino? Me parece imposible que salgamos de París sin haberle visto, o entonces sería el acabóse y la señal de que Ud. se desinteresa de nosotras y que ya no tenemos sostén en este mundo. Nos queda Aquél que es el sostén por excelencia, pero somos todavía demasiado novicias y a menudo no sabemos oír su voz. Y entonces navegamos sin brújula a la merced de los vientos; ¡ah, con tal de que no naufraguemos! Pido a Dios, desde lo más hondo de mi corazón, que me mande la muerte ahora mismo, antes que perderlo.

Perdone esta larga charla, pero ahora le escribo tan rara vez, que cuando lo hago, saldo todas mis cuentas atrasadas.

Leona y yo le enviamos nuestros más afectuosos recuerdos.

Eva Lavallière.

Hotel París-Orleans 73, rue de Lille.

(Podría Ud. alojarse aquí; la semana pasada había un obispo).

Sábado 6 Abril.

Mi querido Padrino:

He recibido su carta esta mañana; la esperaba como el maná. Comprendo que con todo lo que tiene que hacer, no le sea posible venir; verdaderamente no tenemos suerte. Leona se halla en tratamiento donde mi médico, hasta el sábado próximo, lo que me obliga a quedarme en París. Espero poder partir con ella ese mismo sábado para los Vosgos; quiero ver de cerca y por mí misma qué se hacen todos mis bultos. ¿Qué haremos después allá? Creo que no podremos quedarnos, porque la situación es muy tirante entre Juana y yo; ¿a dónde iremos, entonces? No lo sé. Nuestras piezas de Lourdes están alquiladas; probablemente ya no habrá sitio en el convento; entonces, lo repito, no sé qué será de nosotras; en fin, Aquél que da el alimento a los pajaritos no nos abandonará, por cierto, y pongo mi confianza en El.

(Continuará)

Muñequita

(Continuación)

Perla dejó caer la carta llena de abatimiento. Tenía que ser... Y aun casi prefería que fuese allí, en el mar, entre extraños, esa primera entrevista, que no ante los ojos ávidos de los cortesanos de Randchany. También se produjo un secreto alivio el pensamiento de que en la hora decisiva, en el momento difícil, tendría el apoyo del duque de Molesey; aquel hombre leal entre los leales.

Enseñó la carta a Lilian. Anochecía... Estrías de carmín se cernían cabe el horizonte nacarado, reflejándose en el cauce ahito del Severn.

—Me voy, Lilian... Ahora, sí. Me voy hacia lo desconocido. Después de esta carta hay que suponer que mis bodas están muy cercanas. ¿Y luego... Dios mío, y luego?

Angustiósela Princesa, pero Lilian tuvo un arranque.

—¡Es preciso que seas feliz; es preciso! Confía en Dios, pídeselo a la Virgen, Perla...

—Tú te quedas, ¿verdad?

—¿Quién lo ha dicho, Princesa? Yo voy contigo, así fueras al Polo. Yo no te dejo.

Y de una manera tan sencilla, lady Lilian Haines quedó nuevamente incorporada al séquito de S. A. serenísima, la princesa de Randchany.

* * *

Desde Tewkesbury fueron a Londres, donde la Real Familia, aun dentro del incógnito riguroso que Perla guardaba, supo agasajarla con gentil cortesanía, y de Londres pasaron a Portsmouth, donde acudieron desde París para cumplimentarla lord y lady Haines.

Con la compañía de Molesey, Perla parecía respirar un poco aliviada. Aunque su orgullo no la permitía descender a lamentarse, ni a protestar de su destino. Su Excelencia leía claramente, con la intuición del cariño, la página de íntima tragedia que la desesperación estaba escribiendo en el corazón de la princesita; y Molesey, con exquisitez y habilidad de diplomático, iba deslizándose ante su consideración paisajes de optimismo que atenúan insensiblemente las sombras de aquella noche oscura del alma.

Una tarde, hacia las cuatro, llegaron al puerto de Portsmouth. El mar y el cielo estaban grisientos. Todo en torno daba una sensación de asperezas inhóspitas. Despidióse sobre el muelle de las personalidades que la acompañaron y embarcó en una gasolinera que le trajo el recuerdo—ahora desgarrante—de aquellos días de Nápoles tan bellos, pese a la amenaza que de continuo se cernía sobre ellos.

Atracó la canoa junto al costado parduzo de un formidable navío cuyas aspilleras se erizaban de cañones. Todo aquel aparato espantaba a Perla. Sobre cubierta, la tripulación, formada, presentaba armas al son de un himno cuyas notas ni siquiera reconoció: tal era su turbación en aquellos instantes. Un marino alto, seco, elegante, cincuentón—el comandante del barco—le dijo unas palabras ceremoniosas de bienvenida y con ella desfiló a lo largo de los hombres formados, en revista protocolaria. Un ramo de rosas blancas florecía entre los brazos de S. A. y toda ella, su vestido, su cara, eran impolutos también.

Los oficiales, como aquellos otros oficiales de la Guardia en Randchany, la seguían con mirada prendida de encantamiento y bajo la caricia suave de la sonrisa un poco infantil y un tanto triste de la princesita, sentían rebullirse en ansia de hazañas todos sus instintos heroicos y caballerescos.

De pronto, S. A. pareció quedar clavada en el suelo. Instintivamente se cogió, como quien va a caerse, al brazo de Molesey que iba a su izquierda. El Comandante dijo algo parecido a «que S. A. había tropezado con el nudo de una cuerda», pero S. A. estaba como quien ha visto un ánima del otro mundo, mirando como una hipnótica al capitán De Novorog que, en su puesto, a dos pasos de ella, se cuadraba como los demás oficiales, presentando el sable. A dos pasos de él, Guillermo Rettudocos observaba la misma actitud. Toda la tripulación, hasta el último grumete, tenía fija la atención sobre S. A. y... ¡había que confesarlo! sobre el guapo capitán De Novorog. ¿Por qué? ¿Qué sabía aquella gente de su historia sentimental con el marino?

Irguióse, sintiendo encabritarse toda su altivez. Pensó que aquel mismo barco, en breve, sería testigo de su entrevista con el príncipe de Neuberg y, ni por un momento, quiso que la dignidad de sus dos nombres padeciera. En su fuero interno, Perla se consideraba ya casi casada desde el instante que había prestado su conformidad a los requerimientos del Príncipe, su abuelo, y salía ya a su encuentro. Un momento alzó los ojos, llenos de una dureza rencorosa, tan nueva en su habitual remanso de dulzura, que desconcertó a Eric y pareció echarle a la cara este reproche:

—¿Por qué te has interpuesto en mi camino? ¿No quedamos... no me prometiste?...

Pero no pudo acabar la frase, porque el aspecto frío e inexpresivo de Eric la dejó atónita. Parecía una hermosa estatua en bronce. Jamás hubiera podido sospechar que la cara sonriente y alegre de Eric pudiese adquirir en un momento semejante dureza de rasgos. Toda su actitud parecía rechazar, por impropio, el reproche de ella. Era como si todo él le gritase:

—¿Tengo yo la culpa de que me hayan incorporado a la dotación de este barco?

Y Perla, entre anonadada y colérica, pasó de largo ante él y ante Rettudocos, como si no los hubiera conocido nunca.

* * *

—¿Vuestra Alteza se pondrá el traje gris para la comida?

Perla, tendida sobre el largo diván, lleno de almohadones, que corre adosado a las paredes de su cámara de a bordo—una cámara magnífica donde todos los lujos, todos los refinamientos, todas las elegancias se conciertan,—levanta los ojos, un poco vagos, como perdidos en un ensueño.

—¿El gris? No, el gris no me agrada, Lucette; me disminuye, me oprime... Saca el blanco, de blondas, el que me puse la noche que el duque de Nyon vino a traerme el anillo de esponsales en nombre de S. A. el príncipe Carlos Enrique de Neuberg...

Gotea una secreta amargura en cada una de las palabras. La fiel Lucette bien quisiera consolarla, como a una niña, pero el respeto la cohibe. El respeto es una cosa triste. A bordo, suenan confusos los ruidos que acompañan a la faena de levar anclas, voces de mando, carreras, silbar de sirenas, el ma-

remágnun, la confusión. ¿Cuál de estas maniobras mandará él? Aguza el oído, sedienta de escuchar el eco armonioso de su voz. Toda ella se deshace en las ansias de ir a él; y en lucha homérica el instinto y razón, la naturaleza y el deber, combaten. Es un suplicio tener que verle, tener que vivir junto a su sombra cuando se siente impotente para resistir su atracción. Y es preciso vencerla. Todo su honor, toda su dignidad están en el empeño. ¿Y la crueldad de imponerle—pobre muchacho—la presencia del Príncipe? Toda la sensibilidad, toda la delicadeza de la muñequita se sienten espoleadas. No quiere hacer burla de uno ni de otro. Del uno porque le ama, del otro porque va a ser su marido.

Afrontar a Eric es preciso. Sabe, porque se lo ha dicho Molesey, que tiene que presidir la mesa de la oficialidad; y no quiere dar el espectáculo de flaquezas indignas de su altísima condición, ni enderezar un *flirt* que podría poner en ridículo al heredero de Neuberg. Al mismo tiempo, el aspecto glacial de Novorog le ha herido en lo vivo. La infeliz chiquilla no se resigna a desaparecer del corazón del mozo. Tal vez, un poco loca, ha soñado con ser en su vida símbolo y culto, cosa ideal a la que se ofrendan todas las adoraciones, como su madre fué en la vida del duque de Molesey, como lo fué la esposa del César, Carlos V, en la de aquel Santo Duque de Gandía, Francisco de Borja. Amores que purifican y llenan de limpieza las almas en donde son reguero de luz. Todo su ímpetu de conquista renace; no quiere perderle...

Y su pobre corazón es un caos, porque ni ella misma sabe lo que desea.

* * *

Vestida de blanco: perlas en las orejas, en los brazos torneados cuya tonalidad se confunde con la nitidez de las blondas, en el cuello que se inclina un poco, no sabemos si al peso de las tres vueltas del collar o al de una secreta pesadumbre, en la diadema sencilla y fina que sujeta el oro de sus rizos, siempre un poco en revuelo. Sobre el hombro se desmaya una rosa, su hermana...

Los ojos son de un azul tan intenso que parecen dos turquesas. Bajo ellos, una leve sombra pone un cerco. Pálida, sus mejillas se encienden al atravesar del brazo del Comandante la doble fila de oficiales. Ninguno

dice nada, pero el piropo está en el ambiente galante, delicado, exquisito, como enderezado a una princesa, a la princesa más bonita de Europa, como ha rezado—no tan bajito que ella no lo oyese al pasar—el más joven de los oficiales de a bordo, un niño grande y rubio... Esto pone leve y clara sonrisa en sus labios y ahora es mucho más bonita aún. Sin mirarlo siquiera, pasa rozando a Eric.

Llega hasta ella el tenue olor de los cigarrillos egipcios que debe haber estado fumando apoyadito en la borda hablando con los compañeros, hasta el momento de entrar en el comedor, y el perfume discreto de la loción de gardenia que usa para el cabello, tan conocida de la joven...

Su Alteza preside la mesa entre el Comandante y el duque de Moseley. Enfrente la prosopéyica condesa, entre el segundo comandante y el oficial que le sigue en jerarquía y, luego, Lilian, que ha verificado sabiamente sus maniobras—es una ventaja no ser princesa—se ha colocado entre Rettudocos y otro oficial.

Novorog tarda un poco en sentarse. Perla no lo observa, pero Lilian sí; y es el caso que hasta que Eric no se sienta, todos, incluso el Comandante, permanecen en pie.

Al fin, el capitán se acomoda en una silla cualquiera, entre el médico y un chico muy joven, que parece terriblemente cohibido ante su proximidad. Y la comida es una tortura. Perla le tiene cerca, él la puede ver en escorzo como ella a él. No quiere mirarle, pero le mira—es algo más fuerte que su voluntad—y siempre que le mira ve la mirada de él, implacable y fija sobre ella, con una expresión entre inquieta y enigmática, que nunca le ha visto.

Eric toma parte, discretamente, en la conversación, en tono muy amable y cordial, que pone más de relieve su extraordinaria simpatía. Casi siempre que habla lo hace obediendo a corteses interpelaciones de Moseley o del Comandante y todos le oyen con una especie de respeto que Perla no se explica. ¿Debido a su cualidad de extranjero? ¿Acaso, porque pertenece a una calificada familia? ¡Bah!; la mayor parte de los oficiales embarcados en el crucero son hijos también de familias aristocráticas que pueden competir y aun superar a la de Novorog.

Una o dos veces, la Princesa, generalizando democráticamente la charla, se dirige a los oficiales que le fueron previamente presentados; alguna vez cambia frases con Rettudocos. Con Eric, nunca. El sonrío irónico de esta estudiada frialdad que parece asombrar un

poco a los comensales. En el fondo de los ojos de Moseley, cuando cruza la mirada con la Mozaska, hay también un revuelo de travesuras insólitas.

Perla siente algo extraño en el ambiente, como si pisara terreno falso. Y eso la cohibe. Al fin, la comida concluye, a Dios gracias, y los caballeros se marchan a fumar. En el salón, mientras sorben el café, Perla habla con el Comandante y con el ministro de Estado.

Entretanto, Eric se ha sentado al piano y, suavemente, esboza los clásicos compases de la *Apasionata*. Lilian no se entera de nada, tiene bastante con trenzar su dúo de amor con Rettudocos en el ángulo más recoleto. Y los demás oficiales libres de servicio, en grupos, platican sin dejar de poner de vez en cuando furtivas miradas, ya en la Princesa, ya en el capitán Novorog.

La condesa Mozaska le relata al médico sus trapisondas. El médico la escucha con su hierática impassibilidad de inglés flemático. Seguramente, que la humedad del mar no será beneficiosa para su reuma, pero la travesía durará tan poco que no vale la pena de inquietarse.

Al cabo, Perla no puede resistir la tensión de sus nervios; comprende que va a estallar, pese a toda su prudencia. Ella entiende, ella sabe lo que Eric quiere decirle con cada una de las notas de la clásica sonata, canto de amor y desgarramiento de emociones y rebelión del espíritu y lucha bárbara entre lo que debe ser... y lo que los dos quisieran que fuera... Recuerdos de las noches maravillosas de Nápoles y de los días risueños de París... Todo está compendiado en la música del insigne maestro de las dulzuras. Perla Randchany no puede más y con una excusa muy cortés se levanta del sillón y cruza el aposento dirigiendo una sonrisa a cada muchacho que se inclina a su paso, sin cuidarse de resguardar de la frescura y humedad de la noche a bordo, su gentil personita, ligeramente vestida con blondas y sedas. Así, sube a cubierta y, entre el asombro lleno de encanto de los robustos marineros, vagabundea a la luz de la luna, blanca y feble, como una sombra, por aquella selva de ventiladores, entre el laberinto de las poleas, rollos de maromas, escotillas... Dirígese a popa. Allí hay como un lugar de refugio, bajo cierta toldilla donde, cara al océano, invitan a sentarse algunos sillones de junco japonés.